

como se ha dado. Pero yo protesto. No quiero dejar impune la muerte de mi pariente.

Exaltábase al hablar, y su mirada, dulce y casi tierna en los momentos de calma, encendíase y adquiría vigorosa expresión. Era entonces el criollo.

Algo más tranquilo, prosiguió:

—Por último, y dejando á un lado todo sentimiento de venganza personal, convencido como estoy de que un inocente encerrado en el *Baño* sufre y muere quizás allí, cuando su sitio está aquí, cumpliré el deber de todo hombre honrado: le protegeré, le vengaré, disminuiré sus sufrimientos y evitaré su agonía.

Matilde, siempre muda, le miraba. Quizás era la primera vez que oía hablar con tal vigor y expresar sentimientos tan generosos.

Lorenzo no había hablado así jamás. Comparó la mirada fugitiva de éste con la mirada clara de Roberto, la palidez del primero con el vivo color del segundo, los modales felinos del uno con las maneras francas y distinguidas del otro.

Ningún incidente puso término á esta reunión.

Al día siguiente, Roberto de Meillant volvía á reunirse en París con Juana Guérin, y poco después los huéspedes de Frascati entraban en su hotel de la calle Monceau. Aproximábanse las fiestas del invierno, y quizás también sus dramas.

XIII

Debajo de la puerta de una casa de la calle de Saint-Honoré, en el espacio comprendido entre la iglesia de Saint-Roch y el Palais-Royal, veíase no hace mucho una plancha de zinc con la siguiente inscripción:

CASA BONNIN

AGENCIA DE CRIADAS, TUTORAS Y AYAS

Horas de oficina de 12 á 4 todos los días.

Las personas interesadas subían dos pisos, empujaban el botón de cobre de una pequeña puerta y entraban en una habitación nada espaciosa, donde se hallaba el único empleado de la casa.

Preguntaba éste á los visitantes, tomaba notas en un papel y se dirigía luego al despacho del señor Bonnín para avisarle que deseaban hablar con él. A la habitación del jefe de la agencia tenía acceso únicamente un hombre de cincuenta años, de aspecto grave, canoso, quebrantado por los años y con los síntomas en el rostro de la enfermedad del hígado. Llevaba camisa de cuello alto y muy almidonado, y un casquete de seda negro que no se quitaba nunca y que parecía formar parte de su individuo.

Sentado delante de su pupitre de caoba, colocado entre las dos ventanas del despacho, daba la espalda á la habitación y permanecía casi oculto en la sombra, en tanto que los que le visitaban recibían de lleno la luz.

Acababan de dar las cuatro, y Bonnin, después de haber guardado los papeles en una caja de hierro incrustada en la pared, se disponía á abandonar su despacho cuando llegó el empleado con el aviso de que la señorita Hermann deseaba verle.

—Es muy tarde—contestó el agente.—La oficina se cierra á las cuatro, ésta es la costumbre. Que entre, sin embargo. Podéis retiraros, como de ordinario, pues ha pasado la hora de vuestro trabajo. Advertid abajo que no se deje subir á nadie. No recibo.

Y diciendo esto cerró la puerta del cuarto con cerrojo, fué en busca de la señorita Hermann, la hizo entrar en su despacho, le ofreció asiento, y después de tomarlo él en el sitio acostumbrado, detrás del pupitre, dijo pausadamente:

—¿Todavía tenéis necesidad de mis servicios, señorita?

La llamada señorita Hermann parecía una aya alemana. Representaba cuarenta años, era correcta de líneas, digna, respetable, sin rasgo alguno de coquetería, dejando ver algunas canas que esmaltaban sus cabellos.

—Sí—respondió con acento natural algo germánico.—Deseo mudar de posición; la señora Deligny, á quien por vuestra mediación sirvo en calidad de doncella, abusa algo de mí

como lectora. A pesar de mi acento alemán, que no le disgusta, según parece, me obliga todas las tardes á leer periódicos, folletos y revistas, con grave perjuicio de mi vista.

—Si es así, trataré de colocaros en otra casa donde no se tenga tanta afición á la lectura. Pero decidme, ¿no tenéis otros motivos para dejar á la señora Deligny? ¿Mis informes eran exactos? No os engañé, ¿no es cierto? A pesar de ser joven, bonita y tener marido viejo, es una mujer de costumbres ejemplares.

—Ejemplarísima.

—Decís eso como si no estuvieseis segura de ello. Explicaos. Si dejáis á la señora Deligny, la que pretenda sustituiros me pedirá informes y deseo saber á qué atenerme. Sentiría exponer á una persona honrada á entrar en una casa donde presenciara cosas reprobables, contrarias á la moral.

—Perded cuidado y enviad á quien gustéis. Seguramente no verá nada. No todos pueden observar, adivinar y comprender.

—Esta última frase es un manantial de suposiciones. Hablad por favor. No es curiosidad lo que me mueve á preguntaros, sino el crédito de mi agencia. No quiero recibir quejas de las personas á quienes doy colocación.

Y, poniendo los codos sobre el pupitre y la cabeza entre las manos, dijo á la doncella de un modo insinuante:

—¿Habéis adivinado algo? La virtud de la señora Deligny ¿no es tan grande como se asegura en todas partes? ¿Tiene amante?

La alemana inclinó la cabeza y se ruborizó.

—¿Es acaso—continuó Bonnin— persona de su intimidad... un amigo... pariente del marido quizás?

—No—dijo la señorita Hermann después de un gran esfuerzo para vencer su pudor alarmado.—La señora Deligny no es mujer que se comprometa así. Tiene en mucho su reputación. Teme las citas que son consiguientes á ciertas relaciones, y se niega á recibir cuotidianas visitas, siempre sospechosas. Procede con más prudencia.

—¡Hola! Pues ¿cómo procede?—preguntó el agente.

La doncella vacilaba.

—No sé si debo...

—Estáis obligada por las razones que he expuesto. Por otra parte, ¿qué os va en ello? Mi profesión ¿no me obliga á ser discreto?

—Puesto que lo exigís, diré que, sin salir de su casa, sin recibir visitas, conservando su reputación de mujer excepcionalmente casta, la señora Deligny satisface todas las exigencias de su corazón.

—¿De veras?

—Hay en la casa cierto *factotum*, intendente ó mayordomo... empleado de confianza y...

—No comprendo. ¿Ese empleado ofende á su principal?

—Sí, señor—dijo la señorita Hermann bajando la cabeza como si fuera culpable.

—¡Qué me decís!—exclamó el señor Bonnin, á quien la revelación parecía haber trastornado, y como pesaroso de haberla comprendido.

—¡Ah!—prosignió la doncella.—He dudado mucho antes de creer semejante infamia. No me atrevía á suponer siquiera que una mujer de sociedad, respetada por todos, que lleva un nombre honrado, pudiera rebajarse tanto. Pero he tenido que rendirme ante la evidencia.

—¿Tenéis pruebas, ó nada más que sospechas?

—Estoy segura de lo que digo. El intendente no habla durante el día sino con el señor Deligny. Si las necesidades del servicio le llaman al lado de la señora, preséntase ante ella afectando frialdad, reserva y respeto. Pero por la noche, cuando el pobre marido, débil, viejo y enfermizo, se encierra en su habitación, entonces habla con su señora.

—¿Su señora? La frase es deliciosa—dijo el señor Bonnin sonriendo.

—Decidme ahora si puedo continuar en la casa. Las alemanas tenemos nuestro modo de ser. Pero estad tranquilo; no perjudicaré á vuestra cliente. Sois la única persona que conoce mis observaciones. Es preciso confesar que la señora Deligny es feliz. Si se quisiera perjudicarla, ó si yo tuviese algo que ver con esas mujeres destinadas á explotar los secretos que descubren...

—¡Oh!—dijo Bonnin ofendido de semejante pensamiento;—¡eso sería espantoso!... y como, además, no existe prueba alguna material, la señora Deligny, en vez de dejarse explotar, se limitaría á negar.

—¿Y si se la sorprendía?

—Los avisos al marido son inútiles, pues no

los recompensaría con billetes de Banco, sino á palos.

—Cierto; pero— observó la alemana,— cuando se tiene una fortuna como la del señor Deligny, y éste se ha casado de edad avanzada con una mujer joven, en cuyo favor ha testado...

—¿Qué?

—Que bien puede un pariente interesarse lo bastante para sorprenderla *in fraganti*, provocar un escándalo y obtener la anulación del testamento, con objeto de heredar él. Un servicio como éste, cuando se trata de una fortuna de muchos millones, sería recompensado lo ménos con cincuenta mil francos.

—Si; pero nadie se atrevería á cometer infamia semejante.

—¿Estáis seguro?—dijo la señorita Hermann, levantando la cabeza y mirando al agente cara á cara.

—¡Vaya si lo estoy!

La alemana soltó una sonora carcajada y dijo:

—¡Me asombráis, mi querido marqués D. Lorenzo José de R... y C...!

XIV

El ataque había sido tan brusco, que el agente perdió por un momento su serenidad. En vez de protestar, de gritar, pronunció estas palabras:

—Ignoro lo que queréis decir. No comprendo. No soy el que creéis.

—¡Sea!— prosiguió la señorita Hermann con voz serena y sin el menor acento.—¡Sea! No sois el marqués R...: os llamáis Bonnin. Ese casquete negro que nunca os abandona oculta una calva, y los bucles canosos de vuestras sienes son también vuestros. No he de contradeciros por tan poco. Estáis enfermo del hígado, si queréis, como lo indica ese tono amarillento que circunda tan hábilmente vuestros ojos. Convenido. Pues bien, señor Bonnin, voy á tener el gusto de daros algunos detalles acerca de la pequeña industria á que os entregáis.

—Veamos—dijo negligentemente.

—La agencia que dirigís para colocación de criadas, tutoras y amas, es más seria de lo que podía creerse. En primer lugar, no os contentáis con los pequeños beneficios de vuestros clientes, con el tanto por ciento que da la persona colocada á la que coloca. Vuestras miras son más altas, y las ganancias mucho más considerables. Merced á las notas que habéis recogido ó que os han facilitado, empleáis vuestro numeroso personal en vigilar cierta casa, cierta familia ó cierto individuo que os es sospechoso, que os da en qué pensar... y que os hace esperar... Este personal es inconsciente, porque sois bastante hábil para tener cómplices. Las criadas y amas que colocáis creen de buena fe que sólo les toca cumplir con su obligación; pero unas y otras tienen suelta la lengua: condenadas al silencio por respeto á las

personas á quienes sirven, toman la revancha de su mutismo forzoso siempre que os ven. Les hacéis hablar, como hace poco me hacíais hablar á mí... Sois dulce, insinuante, persuasivo, y llegan á decir cosas que os son provechosas. Os confían secretos que explotáis en seguida ó que guardáis para el porvenir.

Cansada sin duda de haber permanecido sentada tanto tiempo, se levantó, y señalando la gran caja de hierro incrustada en la pared añadió:

—Apostaría á que ahí dentro está la pérdida de veinte familias, y un millón de ganancias.

Después, y apoyándose sobre el pupitre y acercando su rostro al del agente, repuso:

—Os sigo hace tiempo. No ha mucho ha declarado un hombre de gran posición hoy, pero que había sufrido una condena en su juventud. Ha dado una suma considerable para que no se produjera la sentencia que creía olvidada; para que se guardara sobre ello secreto; para que no fuese divulgado su pasado. Esa suma la habéis recibido, estoy segura.

El agente se levantó á su vez, y de sus labios, que la ira contraía, salieron estas palabras:

—Si os pusiera en la puerta, ¿qué diríais?

—No lo haréis — contestó la señorita Hermann tranquilamente — Sois mío... puedo perderos, lo sabéis. Además, y para que evitéis amenazas inútiles, debo advertiros que antes de venir aquí he tomado toda suerte de precauciones... No se me ocultaba que podríais

pensar en deshaceros de una persona tan al tanto de vuestros asuntos. Estamos solos en esta habitación... Nadie nos ve... nadie nos oye. Me asesináis, os aseguráis de mi muerte, arregláis vuestros papeles más importantes y salís tranquilo. Ya lejos, recobráis vuestro rostro y vuestro traje, y no llega á ser descubierto nunca el asesino Bonnin, á quien se le cree en el extranjero. Es tentador, ¿no es cierto?

Le miró fijamente y añadió:

—Pero también sería imprudente, porque he confiado á una persona de mi intimidad algunas líneas que se apresurará á entregar al procurador de la República en el momento de mi desaparición. Esas líneas le harían saber que el señor Bonnin no es otro, como dije hace poco, que el alto y poderoso señor D. Lorenzo José de R... y C... Además, le darían algunos otros pequeños detalles llenos de interés... Pero no adelantemos los sucesos. Procedamos con orden. Estáis prevenido. No miréis más hacia ese cajón entreabierto, ni busquéis el arma que guardará sin duda. Escuchadme más tranquilo.

Conmovido en extremo Lorenzo, porque era él, se levantó y fué á apoyarse en el mármol de la chimenea.

La señorita Hermann colocó la silla en la misma dirección y continuó:

—Quedamos en que vuestra industria es de las más productivas. Estoy cierta de que, un año con otro, sin cometer imprudencias y explotando sólo los negocios seguros, dejando madurar los poco conocidos, ganáis de trescientos á cuatrocientos mil francos.

Y añadió, con la sencillez de un comerciante que discute honradamente un negocio:

—Hay que tener en cuenta que empezáis ahora. La casa ha sido establecida hace poco, y la clientela os ha sido indicada por otro. Podréis crearos nuevos clientes, aumentar el círculo de vuestras relaciones y buscar salidas de consideración. El personal os es útil, pero pronto haréis los negocios sin intermediarios.

Lorenzo la miraba como si no la comprendiera. Entonces se acercó á él y le dijo con cierta dulzura:

—Durante el próximo invierno abriréis vuestros salones, que os darán entrada en los demás. Sois fino y muy observador. Sorprenderéis algunos graves secretos y sacaréis partido de su conocimiento. ¿No es éste el fondo de vuestro pensamiento? Sí. Por eso habéis alquilado un hotel amueblado lujosamente. Sembráis para recoger.

Acercóse más y añadió:

—Si estuviera en lugar vuestro, me asociaría con otro. Por gran voluntad que tengáis, no os será posible hacer solo todos los negocios del mundo. Mi socio sería una mujer. Siempre que se trata de una negociación peligrosa es muy hábil la mujer. La buscaría inteligente, fina, astuta, poco escrupulosa y habilísima para disfrazarse y transfigurarse. Esto es difícil de hallar, lo sé; pero si se busca con acierto... mirándome bien...

La alemana puso su rostro junto al de Lorenzo y añadió:

—Porque no creo necesario decir que no soy

alemana, que no me llamo la señorita Hermann y que no tengo cuarenta años. Tengo escasamente veinte; mis cabellos son negros como el azabache; no estoy enferma de la vista y mis ojos brillan como carbunclos. No soy bonita, pero sí agradable. Por último, se me conoce por la *Gran Florina*.

Estremecióse Lorenzo: Florina lo notó y dijo:

—No me conocéis personalmente, pero mi nombre ha sido pronunciado en vuestra presencia. Vuestra mujer, á poco de vuestro regreso de España, os ha hablado sin duda alguna de su criada. Pues bien, sí, soy Florina; podría ocultarlo y lo confieso. Nada tenéis que temer de mí como agente de la Prefectura. Serví á la Policía por casualidad, y no la serviré más. Me ofrezco á vos incondicionalmente, y sería absurdo dudar de mi sinceridad y de mi afecto. Si me propusiera venderos, ¿qué necesidad tenía de deciros todo esto? Me hubiera presentado ya hace tiempo al jefe de Seguridad y le hubiera revelado cuanto sé.

Como Lorenzo la mirase con inquietud, le puso una mano sobre el brazo y dijo:

—Si... todo lo que sé... todo lo que adiviné y comprendí el día del proceso de Jagon... Si; el proceso de Jagon, al cuál asististeis disfrazado de abogado. No lo neguéis—añadió,—sería inútil. Entrasteis por la calle de Rivoli, para salir tres cuartos de hora más tarde por la calle Bailleul, con dirección primero á la calle de la Victoria y después á la de Châteaudun. ¿Estoy bien informada? Sí, ¿no es cierto? Es-

tos detalles ¿no interesan á la Policía y no los hubiera yo dado si la sirviera? Pero no: yo me burlo de la Policía y ambos nos hemos de burlar juntos si me aceptáis por vuestra socia.

Lorenzo guardó silencio.

—¿Dudáis? Sí... os decís: ¿Qué sabe, después de todo, Florina? El nombre de Bonnin me pone á cubierto de sus confidencias; y, sin embargo, éstas no han sido previstas por el Código. Yo no corro riesgo alguno judicial. Y en cuanto á las calumnias que sobre mí lanzaran para comprometer mi reputación, no había de ocuparme en desmentirlas, porque estoy más alto que ellas. Queda sólo la historia de mi disfraz en la Audiencia y de mis distintos domicilios de París... Esto no es grave, y no vale ciertamente la pena de aceptar una asociada y una cómplice. Si pensáis así, querido marqués, no acertáis, y voy á demostrároslo hablándoos de un criollo llamado Roberto de Meillant. ¿Pres-táis atención? Lo esperaba.

XV

Florina se había sentado; sus pies descansaban sobre un taburete y apoyaba su brazo izquierdo en el pupitre. Adoptó una postura interesante, y, volviendo su rostro hacia el de Lorenzo, continuó con inalterable tranquilidad:

—El nombre de Roberto de Meillant os ha causado sensación. Comprendéis quizás que voy á ocuparme de un asunto espinoso. No os equivocáis, y entro desde luego en él. En la comida que le ofrecisteis en el Havre, declaró dicho criollo sus dudas respecto á la culpabilidad de José Blanchard, condenado á trabajos forzados, y añadió que aprovecharía su estancia en Francia para encontrar al verdadero cómplice de Jagon y entregarlo, si era posible, á la Justicia.

—Bien, ¿y qué?—dijo Lorenzo con voz nerviosa, lanzando sobre Florina una de sus peores miradas.

—Que las intenciones del señor de Meillant os contrarían, y, en una palabra, que os amedrentan.

—¿Por qué?

—¿Lo ignoráis acaso? No seáis niño. No me obliguéis á deciros cosas desagradables. No quiero enojaros; antes, por el contrario, deseo ser vuestra asociada, vuestra aliada, vuestra cómplice si es preciso; pero en adelante, porque no acepto la responsabilidad de vuestro pasado, que es muy grave.

Lorenzo se dirigió hacia Florina.

—Explicaos—le dijo;—quiero que os expliquéis.

Antes de contestar, Florina dió la vuelta á la mesa, se acercó á la ventana que daba á la calle, y más segura dijo:

—¿Queréis que me explique? ¡Sea enhorabuena! Pues bien, participo de la opinión de Roberto de Meillant. José Blanchard no es

culpable, y eso nadie lo sabe mejor que vos.

Lorenzó avanzó bruscamente como para asir á Florina.

Esta, prudentemente, entreabrió la ventana y, cruzando sus brazos sobre el pecho, prosiguió:

—¿Qué os pasa? No pienso haceros traición: este secreto morirá conmigo. Os lo he dicho antes: os pertenezco en cuerpo y alma.

Y abandonándose á la confianza se colocó en el centro de la habitación.

—He hablado de este asunto porque me habéis obligado. En adelante sólo os hablaré para prevenirme. Quiero evitar que llegue un día en que haya de separarme de un socio que me promete negocios tan buenos.

Y alegremente añadió:

—¡Calle! ¿Habéis cambiado de aspecto favorablemente? Ya no se estremecen vuestros labios como antes, vuestra mirada es menos feroz. ¿Empezáis á comprender que no os deseo mal alguno? Vais convenciéndoos, pero no ha llegado aún el momento de que os lo cuente todo: esperad á que pueda haceros confianzas íntimas y personales. Hablemos de Roberto de Meillant, vuestro amigo. Unámonos para combatirle, para hacerle renunciar á sus proyectos, para que regrese cuanto antes á su país y nos deje en paz.

Lorenzo se dejó caer sobre un canapé colocado horizontalmente delante de la chimenea. Florina se acercó y dijo amistosamente:

—Hablemos; seamos razonables, cual conviene á dos buenos asociados. En la comida de

Havre, el criollo declaró que, si le interesaba vivamente el asunto del boulevard Bessières, era por lo que concernía á su prima Juana Guérin. Estas palabras no fueron perdidas. Comprendí que había algo más que parentesco por medio; había amor. He estudiado y sondeado el asunto, y sé que el señor de Meillant ha venido á Francia resuelto á casarse con su prima. Pero ésta llevará luto aún mucho tiempo, y transcurrirá un año antes que el matrimonio pueda realizarse. Este año piensa consagrarlo á negocios importantes que desea resolver antes de su partida. Entre ellos figura el de José Blanchard... ¿Qué nos toca hacer á nosotros?

Y preguntó con la mirada como lo había hecho de palabra; pero como Lorenzo se mostrara indeciso, sin saber qué pensar y temeroso de comprometerse, añadió:

—En mi concepto, lo más natural y menos peligroso sería separar á los primos, ó, mejor dicho, á los amantes, sin violencia, por supuesto. ¡Me repugna todo lo que es violento!—dijo riendo.—Contad con mi concurso inteligente; yo evitaré siempre las violencias que pudieran llevarnos á los tribunales. No es culpa mía... tengo un miedo horrible á la Policía. Es preciso—añadió,—mi querido marqués, que nos mantengamos á cierta distancia del *Código Penal*, sin llegar á caer jamás en alguno de sus artículos... Entiendo que ése es vuestro modo de pensar, y si no fuera por el pícaro pasado... Perdonad; os había prometido no hablar inútilmente.

Lorenzo estaba dispuesto á no interrumpirle,

á dejarle desarrollar todas sus ideas, á que se entregara por completo. Su instinto le decia que se encontraba enfrente de una aliada y no de una enemiga. Pero, puesto que sostenía bien la conversación, ¿para qué poner término á ella? Por otra parte, no exigía confesión alguna ni mostraba deseo de ningún género.

—Quedamos, pues, en que separamos á Juana Guérin de Roberto de Meillant. Difícil es, pero no imposible. Nuestro adversario es inteligente, recto, fuerte, pero á la vez confiado y sencillo. Difícilmente resistirá á nuestros ardides. ¿Cuáles han de ser éstos?

Y en seguida añadió:

—Punto es éste que hay que descubrir y lo descubriremos, querido marqués, en mi primera visita á vuestro hotel de la calle Monceau.

—¡En mi hotel de la calle Monceau! ¿Estáis soñando?

—No sueño; estoy muy despierta. Os debo una visita. Me habéis invitado á una comida en Trouville, y conviene que asista á una de las recepciones de vuestra mujer... el martes creo. Mañana iré, y al salir del salón de la marquesa pasaré á vuestro gabinete, donde me esperaréis y hablaremos.

Tal gesto hizo Lorenzo, que Florina soltó la carcajada y exclamó:

—Resueltamente, mi querido Lorenzo, valgo más que vos en cuestión de disfraces. Hace una hora que me estáis mirando y no habéis comprendido que la señorita Hermann, la Gran Florina y el vizconde de Champy no son más que una sola persona. Mirad mis ojos... quizás

los recordéis. Dicen que son bonitos, y sobre todo de expresión incomparable.

—Cierto.

—¡Vamos!... Por fin os vais convenciendo. No es poca suerte. Los mudos del Serrallo no valen nada comparados con vos. Cuando pienso que dentro de breves días, mañana quizás, después que hayáis reflexionado un poco, seréis el que hable siempre, el que exponga las ideas y el que diga: *Así hemos de proceder respecto á la señora Deligny. Urge ver á su cuñado, sondearle... saber lo que dará de sí.* ¡Veréis, veréis cómo nos entendemos! No falta más que poner manos á la obra.

Este buen humor acabó por desarmar á Lorenzo. Si no se hubiese propuesto callar, hubiera contestado: *Sí, ya estoy sobre la pista: reconozco, á pesar de los cabellos blancos y del disfraz, no á la Gran Florina, á quien nunca he visto, pero sí al vizconde.*

—¡Dios mío!—dijo Florina como si leyera en el pensamiento de Lorenzo,—soy el pequeño vizconde, y como hombre no me falta *chic*, ¿no es cierto? ¡Cuando pienso en que vuestra mujer no me ha descubierto! Verdad es que en la época en que estuve á su lado no era realmente sirviente... Estaba disfrazada también. El día que fui presentada en Trouville temí que me reconociera. Por cierto que es muy linda vuestra mujer, querido marqués. Ya sabéis que, para representar bien mi papel, la galanteo. Es muy bella y hay que contribuir á su fortuna, á la vuestra y á la mía.

Y levantándose dijo:

—Os dejo: estoy charlando hace una hora. Reflexionad en cuanto he dicho y contestadme. Saludó, pasó á la antecámara, abrió la puerta de entrada y desapareció, dejando á Lorenzo completamente turbado.

XVI

Al día siguiente, el marqués de R..., terminado el almuerzo con su mujer, pasó á un pequeño gabinete dispuesto para fumar, y dijo al criado que le acompañaba:

—Si viene hoy al hotel el vizconde de Champy, hacedle pasar aquí. Deseo hablarle.

El criado se retiró.

Solo Lorenzo, se acercó á uno de esos pequeños muebles divididos en compartimentos y destinados á secar los cigarros de diferentes clases: escogió con cuidado uno de los de mejor marca, llevóselo á la boca, lo encendió y se echó sobre un gran diván muy bajo. Quería en la soledad, en el recogimiento, bajo la influencia del humo del tabaco, á veces buen consejero, tomar resueltamente un partido con respecto á Florina, en quien no había dejado de pensar desde la víspera.

Era evidente que la casualidad, ó más bien una imprudencia, había descubierto parte de su secreto á aquella joven. Sabía muchas cosas, sospechaba bastante, ya que no para perderle,

al menos para comprometerle si hablaba. Pero ella también tenía interés en callar, y, desde el momento en que deseaba hacerse valer y se vendía, se convertía en capital. Lorenzo, que en semejantes materias tenía conocimiento exacto de sí mismo, no dudaba respecto del particular. ¿Cómo pensar en perjudicar á una persona cuya posición se podía explotar? No se repite con frecuencia la fábula de la gallina de los huevos de oro.

No exponía nada, por lo tanto, al aceptar con franqueza las proposiciones de Florina, y hasta podía considerarse feliz en tan buena compañía. Exigiale, es cierto, la mitad de los beneficios; pero estos beneficios podían duplicarse y triplicarse merced á la inteligencia y á la actividad de la asociada. Su concurso no solamente hacía los negocios de la casa más numerosos y productivos, sino también más seguros, porque á Lorenzo no se le ocultaba que su empresa ofrecía algunos peligros. Las gentes que han debido cantar algunas veces no están siempre en voz. Deseosas de no desagradar al maestro de solfeo, dominadas por él, le ofrecen desde luego el precio convenido; pero, al tratar del pago; dudan, se excusan y procuran salir del paso sin aflojar la bolsa. Unos se amparan de la Policía, y cuando se consideran con su apoyo obtienen su concurso oficioso; otros se rebelan y se convierten de amenazados en amenazadores.

En esta inteligencia, y á pesar de su práctica y de su habilidad, Lorenzo temía que al explotar los secretos ajenos se pudiera llegar al